

Carlos Blanco, **Un programa para el cambio, revisión y perspectivas de las reformas del Estado: el caso venezolano**, de la serie Economía para ciudadanos. Grijalbo-Grupo Editorial Random House Mondadori. 2010

Francisco Camacho Rodríguez

Hay que tratar de entender los laberintos del pasado para comprender las marañas del presente, como diría el historiador francés Marc Bloch. No hay verdad acabada, pero sí se pueden atar cabos para hallar el sentido de esta madeja de contradicciones, avances, retrocesos, que marcan la pauta del devenir tan sorpresivo como incierto que caracteriza a la sociedad venezolana actual. Considerar el proceso de interrelación entre el rentismo petrolero, el clientelismo y el poder durante las últimas cuatro décadas, es un ejercicio útil para conocer la manera en que hemos llegado a la tragedia que nos embarga como país.

Carlos Blanco es economista y durante muchos años tuvo un papel destacado en la opinión pública venezolana tanto por sus análisis sobre los problemas de la democracia y el desarrollo, como por su gestión al frente de la Comisión para la Reforma del Estado (COPRE), que en sus años postreros, durante la segunda Presidencia de Carlos Andrés Pérez, llegó a alcanzar el rango de Ministerio, cartera que ocupó el propio Blanco con una particular autonomía, según su testimonio publicado en el libro que comentamos aquí.

Blanco es el autor de **Un programa para el**

cambio, revisión y perspectivas de las reformas del Estado: el caso venezolano, un libro en el que da cuenta de la experiencia de casi 15 años de la COPRE, organismo creado al calor de una realidad solapada que bullía en la sociedad venezolana acerca del papel del Estado y su relación con los ciudadanos, cuándo éste daba sus primeros síntomas de agotamiento. Eso lo reconocieron no pocos de los personeros de la dirigencia política de los años 80 del siglo pasado, que sufrían la primera resaca del boom petrolero de los 70, pero que no tenían claro cómo hacer que el sistema político se mantuviera en el tiempo y a la vez atender la creciente demanda de mayor participación y mejoras socioeconómicas de la población, y además, sin conculcar la hegemonía de sus partidos.

La sorprendente fuga de capitales de los años 80 que obligó al control oficial de cambios y a la devaluación del bolívar, la corrupción, la ineficiencia de la administración pública, la necesidad de descentralizar más el poder y los recursos, de controlar a los gobernantes, de más participación, de nuevas formas de la economía, de escrutar el manejo de los recursos públicos, el desencanto de los liderazgos políticos y de los partidos, la pobreza inveterada y el quiebre moral que se instalaba en la sociedad, eran algunos de los primeros síntomas de un sistema que tenía la enfermedad en sus entrañas. El estallido del 27 de febrero de 1989 fue el primer brote de ese mal, al que se sumaron los dos golpes de Estado de 1992. El sistema hacía aguas, pero los problemas siguieron y se agravaron hasta el sol de hoy.

En el contexto previo a esos episodios violentos, presagiando lo que ocurriría después, se abre en los

años 80 el debate de la necesidad de una reforma sustancial del Estado y de las formas de hacer gobierno dentro de los cánones democráticos; una discusión que tuvo sus reticencias, por cierto, no sólo de quienes detentaban o se alternaban en el poder, sino de muchos actores políticos de la izquierda que no compartían la idea de una reforma desde adentro de un sistema burgués al que había que sustituir. Esta tesis de barrer con lo que había, terminó por imponerse con otro sistema, más autoritario, que eliminó a la COPRE, pero también a lo que se había adelantado en cuanto a conquistas democráticas se refiere.

La COPRE fue creada en 1985 por Decreto presidencial durante el mandato de Jaime Lusinchi y en su primer año tuvo el apoyo del Presidente hasta que su partido AD comenzó las presiones para minimizar la amenaza que representaba el organismo ante sus recomendaciones de descentralización, mejor y mayor distribución de la renta y reconocimiento a los liderazgos locales cuya sobrevivencia política estaba en manos de las altas jerarquías de los partidos (AD, COPEI y en menor escala el MAS).

Simón Alberto Consalvi, Ministro de la Secretaría, el historiador Ramón J. Velásquez (primer Presidente de la Comisión) y el propio Carlos Blanco, profesor de la UCV, son los iniciadores de la COPRE, que tuvo un antecedente en la Comisión para el Estudio de la Reforma Integral de la Administración Pública (CRIAP), proyecto que fue frustrado por presiones de diversa índole durante el primer gobierno de Carlos Andrés Pérez. La COPRE de 1985 estuvo integrada por una variedad de personalidades del quehacer político, económico e intelectual de diversas

tendencias, incluso de izquierda.

Carlos Blanco ofrece en su libro detalles de los intrínquilis de la COPRE en esos casi tres lustros de existencia. En el segundo mandato de Pérez, explica Blanco, al contrario de lo que ocurrió en su primera gestión con el CRIAP, se dio un empuje sustancial a la COPRE, ya que se logró además del nombramiento ministerial, un pacto por la reforma suscrito por los líderes políticos, la elección directa de gobernadores y una mayor descentralización.

Desafortunadamente, la enfermedad estaba muy avanzada. El contexto económico y político que tuvo su clímax en el “caracazo” de 1989 y los golpes militares de 1991, impidieron un mayor avance a la Comisión, que luego de la defenestración de Pérez empezó a decaer, primero porque Rafael Caldera la convirtió en un apéndice de su gobierno al destituir a varios de sus integrantes y convertirla en un instrumento para su proyecto de reforma constitucional que nunca se concretó; y luego, con Hugo Chávez, que en su primer año de gobierno decretó su eliminación, hecho que tomó por sorpresa al último Presidente de la COPRE, Ricardo Combellas, quien se enteró de la noticia de su despido por boca de un periodista del canal televisivo oficial. Rafael Caldera en su segundo mandato llevó al cadalso a la COPRE y Hugo Chávez le colocó la soga con la que se le dio muerte en 1999.

La “agenda nacional inconclusa”, como la califica quien fuera Presidente de la COPRE entre 1986 y 1989, y prologuista del libro, pudo haber llegado más lejos y quizás, no lo sabemos, otro hubiera sido el escenario actual en Venezuela si se hubieran concretado todos sus planes.

Carlos Blanco manifiesta en el libro su fe en un proyecto reformador. “La reforma del Estado fue impedida y fue sustituida por una revolución imposible...Mientras la sociedad venezolana no resuelva el acertijo de la transformación radical, no habrá salida. Sigue siendo una tarea por hacer”, dice a modo de colofón.